

DAVID MEJÍA VELILLA

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

UN CLÁSICO DE LOS NUEVOS TIEMPOS

PROMESA
Centenario 8

San Josemaría Escrivá
Un clásico de los nuevos tiempos

Serie: Centenario
Dirección: PROMESA

Directores de Colecciones

- Antropología:** Jutta Burggraf (Alemania)
Arquitectura: María Antonia Frías Sagardoy (España)
Biografías: Gustavo González Villanueva (Guatemala)
Centenario: PROMESA (Costa Rica)
Cine: Pedro Antonio Urbina (España)
Educación: Concepción Naval (España)
Encuentros Culturales: Helena Ospina (Costa Rica)
Espiritualidad: Javier Abad Gómez (Colombia)
Familia: Ana María Navarro (España)
Filosofía: Cecilia Echeverría (Costa Rica)
Historia: Mariano Fazio (Italia)
Milenio: PROMESA (Costa Rica)
Orientación Familiar: María Adela Tamés (Colombia)
Poesía: David Mejía Velilla † (Colombia)
Temas de Actualidad: Jorge Scala (Argentina)
Teología: Josep–Ignasi Saranyana (España)

DAVID MEJÍA VELILLA

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

UN CLÁSICO DE LOS NUEVOS TIEMPOS

PROMESA
Centenario 8

92
E74m

Mejía Velilla, David. San Josemaría Escrivá: un clásico de los nuevos tiempos / David Mejía Velilla. —1a. ed. — San José, C.R. : Ediciones Promesa, 2002.

49 p.; 21 x 14 cm. — (Centenario n° 8)

ISBN 9968-41-034-9

1. Escrivá de Balaguer, Josemaría, 1902-1975.
2. Título

Ilustración de la portada
MONS. JOSEMARIA ESCRIVÁ
Fundador y Gran Canciller
de la Universidad de Navarra
Aula Magna

Dirección: Helena Ospina
Edición: Leticia Carrillo
Coordinación: Erika Chinchilla

Derechos reservados
Hecho el depósito de Ley
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
por cualquier medio, sin permiso de la editorial.

© EDICIONES PROMESA
Promotora de Medios de Comunicación, S. A.

Edificio Electronic Engineering
Costado Oeste de la Universidad de Costa Rica
Teléfono: 283-3033 Fax (506) 225-1286
Apartado 4300-1000. San José, Costa Rica
edicionespromesa@hotmail.com

SUMARIO

I. Un clásico de los nuevos tiempos	9
II. Afán pedagógico de Josemaría Escrivá: la urgencia de la formación.....	25
III. Águila liberada.....	39

NOTA ACLARATORIA

En el presente libro se habla de Mons. Escrivá de Balaguer como 'Beato', ya que estos escritos fueron redactados antes de su canonización.

Un clásico de los nuevos tiempos

La Academia Colombiana, que dispensa honor a los grandes de la Lengua, se reúne hoy para conmemorar a Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, el Beato, en el centenario de su nacimiento.

Nació Escrivá el 9 de enero de 1902, en la ciudad de Barbastro, de la Provincia de Aragón, en España. Tuvo allí sus primeras letras, y alcanzó el bachillerato en Logroño, y el grado en derecho en Zaragoza y en Madrid. Desde pequeño cultivó el amor de las bellas letras castellanas y clásicas, juntamente con su gusto por la historia, por el derecho y la teología, disciplinas éstas dos últimas en las que alcanzó los títulos del doctorado.

Ya en su primera juventud era dueño de un idioma rico y castizo, y se empezaron a manifestar en su habla y en sus escritos dotes excepcionales del buen decir, expresadas con tanta sencillez, como que fue esa siempre una de sus más amadas y frecuentadas virtudes. Y comenzó a entender que

era su pluma un instrumento para hablar con los hombres, para hablarles de Dios, con quien nunca dejó de dialogar. En Escrivá, esa conversación con Dios y con los hombres es una sola cosa, una única lengua, una misma pasión.

Con todo y que sus lecturas fueron incontables y especialmente ricas en su trato con los clásicos de la lengua; y con todo y que su estilo es asombrosamente claro y luminoso como el más caracterizado de aquella edad de oro de la literatura castellana, la expresión y las obras del Beato resultan en el texto y en el contexto completamente originales, y aunque pueda decirse, por ejemplo, que alcanza la sencillez y vivacidad del modo de Teresa, la hondura y belleza del estilo de San Juan de la Cruz, la fluida elegancia de Fray Juan de los Ángeles o de Pedro de Alcántara, no imita a ninguno de ellos, y ostenta, en cambio, una gracia, una alegría y una luminosidad propias de aquellos tiempos perennes.

Las obras de Monseñor Escrivá, si exceptuamos el estudio teológico-jurídico que se llama *La Abadesa de las Huelgas*, pertenecen todas a la literatura espiritual ascética y mística. Y aún el estudio sobre la Abadesa, con todos los primores de su estilo donoso y bienhumorado, lleva a Dios desde las primeras líneas.

El autor de *Camino*, de *Forja* y de *Surco*; el regio escritor de *Es Cristo que pasa* y de *Amigos de Dios*; el fino corresponsal de miles de páginas

epistolares, y de otras tantas fruto de su predicación, no cesó de escribir durante su vida. Jocosamente decía: “*Yo soy Escrivá y escribo*”. Y sus páginas, cada una de ellas, son fruto granado de su propia vida. Por eso hablaba como escribía y escribía como hablaba.

Sus obras todas, tan hermosas y sobrenaturales, son intensamente humanas. Y es que así era él, el Fundador del Opus Dei, para quien la Obra de Dios, el trabajo de Dios, no era otra que la obra del hombre santificada, hecha a la perfección y ofrecida a Dios con amor. La Obra de Dios, el Opus Dei –lo dijo tantas veces– es también el hombre mismo, buscador de Dios, ofrecido a Dios en todo su ser.

Para un escritor de verdad, palabra y vida resultan inseparables. La vida encarna la palabra y la palabra encarna la vida. Por su vida responderá su palabra y por su palabra responderá su vida. De cualquiera de sus escritos podrá decirse “*Éste era el hombre, así era Escrivá*”. Él invitará a todo hombre, a hacer endecasílabos de la prosa de cada día, en su vida diaria verso heroico, mediante la búsqueda de Dios en el trabajo cotidiano, en el quehacer ordinario.

Es el misterio de la poesía, y la obra de Escrivá desvela esa condición suya, de haber sido un gran poeta de la prosa constante, de cuando la verdad se encarna en una aparente fantasía, como en el género de las parábolas, y la imaginación penetra

la realidad hasta apropiársela. Es el espíritu que aflora en la carne, y la carne que se rehace y solaza en el espíritu.

Alguna vez el Beato escribió estas palabras de honda poesía, hablando con Dios: *“Cuando te vea por primera vez, Dios mío, ¿qué te podré decir? Callado, esconderé mi frente en tu regazo... Y lloraré, como cuando era niño (...) Tus ojos mirarán todas mis llagas... Te contaré después toda mi vida... ¡Aunque Tú ya la conoces! Y Tú, para dormirme lentamente, me contarás un cuento que comienza: “érase una vez un hombrecillo de la tierra... y un Dios que le quería con locura...”*.

Está en todo esto, entre otras cosas, la explicación de la claridad y sencillez con que en la más alta prosa pueden entenderse al mismo tiempo el letrado y el rudo, y pueden conocer ambos el milagro de la poesía, y bebérsela, como lo hacía con *Camino* un peón de una finca, a quien alguien le regaló el precioso tesoro, y el campesino decía días después: “este libro es como el agua cuando uno tiene sed, que necesita seguir tomándola”.

Quisiéramos tener con nosotros ahora la elocuencia exegética del académico español José García Nieto, –de feliz memoria entre nosotros–, de cuando consideró deber de su oficio referirse a la hermosura de la prosa de *Camino*. O poseer el análisis sereno y hondo de Andrés Vásquez de Prada, el insigne biógrafo de Escrivá, o la ciencia filológica de José Miguel Ibáñez Langlois, para que

se nos entregara una síntesis de los valores que enriquecen el estilo literario del Fundador español.

Detenerme quisiera, despacio, en una trilogía literariamente muy bella y muy valiosa, como es la que conforman tres libros del Beato, de corte semejante: uno, al que he aludido ya varias veces, que es *Camino*, breviario de la unión con Dios; y otros dos, *Forja* y *Surco*, breviarios, como *Camino*, de la llamada universal del hombre a la santidad.

Porque Escrivá recibió de Dios, el 2 de octubre de 1928, la llamada del amor redentor a predicar con su vida y su palabra que el trabajo profesional y la vida corriente y ordinaria de todo hombre, de toda mujer, pueden y deben ser camino de santidad en medio del mundo, amando a ese mundo que hizo Dios con tanto amor, llevando ese mundo a Dios, ese mundo de las realidades materiales, espirituales e intelectuales, en que consiste nuestra vida íntima y exterior.

Está escrita esta trilogía con el más rico lenguaje castizo e impecable, en breves párrafos numerados, consideraciones hondas sobre los reclamos del Creador a su criatura, del Padre Dios al hijo adoptado, extraviado y rescatado; sobre el amor con que amó Dios al mundo, que no paró hasta darle su Unigénito, en el que todos estamos convocados, llamados a salvarnos, lo que llevó a Escrivá, al considerar esa realidad del Opus Dei, a

decir: “*Se han abierto los caminos divinos de la tierra*”.

Camino comenzó llamándose *Consideraciones espirituales*. Y más adelante, cuando recibió su nombre definitivo y creció en contenido, era ya un libro grande, no obstante su formato pequeño, al que su autor prologó de esta manera: “*Lee despacio estos consejos. / Medita pausadamente estas consideraciones. / Son cosas que te digo al oído, / en confidencia de amigo, de hermano, / de padre. / Y estas confidencias las escucha Dios. / No te contaré nada nuevo. / Voy a remover en tus recuerdos, / para que se alce algún pensamiento/ que te hiera: / y así mejores tu vida / y te metas por caminos de oración / y de Amor. / Y acabes por ser alma de criterio*”.

Esos consejos a que se refiere el autor, abarcan todos los sectores de la vida de su lector, que podrá ser un niño de siete años o un adulto de noventa. Sólo que al adulto de noventa, el autor le sugeriría ser siempre niño, ser siempre joven, con la niñez y la juventud del corazón y del alma.

“*Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso*”. Así comienza *Camino*, dirigiéndose al niño de siete años o al adulto de noventa. Y continúa diciendo: “*ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor*”. Recuerda a todo hombre, a toda mujer, que puede y debe ser útil, dejar poso. Que tiene en su propio ser una luminaria de fe y de amor, que no debe pactar con la esterilidad, ni llevar

apagada la luminaria de su fe y de su amor, sino esplender con ella.

En el punto 590, la sabiduría de *Camino* habla de humildad, y dice: “*No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio: por mucho que brille y por alta que esté, no importa para la solidez de la obra. (..) –Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por ti no se derrumbará la casa*”. Esto fue y así fue durante su vida en la tierra este escritor prodigioso, sillar de la obra de la Iglesia en nuestros tiempos.

Su tarea encomendada por Dios fue fundar el Opus Dei, y entendió que eso de fundar es algo que va profundo por su propia naturaleza, que se oculta y desaparece, como le gustaba considerar al Beato, por lo que en vida suya sólo por excepción lo vimos asomar para brillar en un foro, de esos donde lucen ante todos inteligencia y virtud. Refiriéndose a Cristo, el Beato repetía con san Juan Bautista: “*Conviene que Él crezca y que yo mengüe*”.

En las letras, él no podía evitar brillar, habiendo dado *Camino* a la imprenta, porque no se oculta el sol con las manos. Sin publicidad y sin propaganda, *Camino* se fue difundiendo hasta lograr ediciones cinco veces millonarias, en más de cuarenta idiomas. Y con todo, también *Camino* es un sillar en la formación de incontables personas. No pudo pasar inadvertido este gran libro, como no pudo pasar inadvertida la heroica santidad de su

autor. Son los juegos divinos de la humildad. Alguien diría que sus contrapuntos. Pero es que la luminaria de la fe y del amor no se apagó nunca en el camino del Beato: por el contrario, cada día fue mayor su luz.

Fue escrito que *“Camino, desde su primera aparición, ha sido un camino a Dios para miles de lectores que no se cansan de acudir a este libro, porque en él encuentran doctrina segura que ilumina sus mentes, y el calor paterno y el estímulo constante para su trato con Dios en la oración cotidiana, y en la recia andadura (..) Camino ha ayudado a transformar muchas vidas, a lograr, con la gracia de Dios, lo que se pide en su primer punto, ya citado: “Que tu vida no sea una vida estéril” (..) Camino tuvo desde su nacimiento la vocación de obra clásica, que ilustra y que educa, que corrige y que consuela, que alegra el alma intensamente y, sobre todo, como ya hemos dicho, es un libro que lleva a Dios”* (Nota del Editor a la edición colombiana conmemorativa del centenario del autor).

Y al lado de *Camino*, *Forja* y *Surco*, que vinieron después. Tienen la misma estructura que *Camino*, de párrafos breves, profundos y luminosos, numerados, de ingente contenido rico en experiencia humana y sobrenatural. Imparten la doctrina eterna de Jesucristo, tal como la expone el Magisterio de la Iglesia. Y lo hacen con tanta gracia, con tanto afecto, que estos breviarios –como me he permitido llamarlos, porque son libros breves

y sustanciales— resultan entrañables en sumo grado, y rezuman la sabiduría perenne.

Pero en punto de obras breves, hay otras dos que son verdaderas joyas de la literatura del Siglo XX. Me refiero al *Santo Rosario* y al *Viacrucis*. *El Santo Rosario* fue escrito de una vez, sin interrupción, y aunque es obra de una elevada mística, por su condición de libro dirigido al lector que está en el mundo, resulta accesible a todos, en el género de literatura de la vida de infancia espiritual.

El *Viacrucis* que escribió Monseñor Escrivá es un milagro de la poesía, si lo vemos desde el punto de vista de la literatura y del lenguaje. Si lo miramos como obra piadosa —que eso es, en toda su excelencia—, advertimos en él un sùmmum de literatura cristiana, del corte de la más hermosa heredada de la tradición de los Padres y de los Santos.

Es Cristo que pasa y *Amigos de Dios*, son dos compilaciones de homilías, dos libros de espiritualidad laical, a cual más bello y más hondamente penetrante. Son frutos de su predicación sacerdotal. Del estilo de las homilías dice un autor que “no es posible silenciar este lenguaje directo, sencillo, de una amenidad inconfundible. Se nota siempre una delicada atención a la corrección gramatical y literaria (..) La fuerza y el nervio de lo que se dice dan lugar a un estilo sereno y claro, sin recurrir a efectos

fácilmente emotivos. Tampoco intenta deslumbrar; quiere sólo ser el vehículo imprescindible, para que cada alma se coloque cara a Dios y saque consecuencias y propósitos para su vida diaria” (Álvaro del Portillo).

Y de lo escrito por el Beato a lo largo de su vida, quedan incontables páginas y notas, que irán viendo la luz editorial sin prisas, para provecho y solaz de los lectores.

El Beato Josemaría fue “*un hombre enamorado de Dios*”, que vivió siempre buscando el rostro divino, buscando su presencia, y sus escritos fueron hechos delante de Él y como una ofrenda que buscaba al mismo tiempo lucrar todo el bien posible para las almas, y aún aquél bien que parecería imposible de conseguir, porque era audaz como el que más para pedir, generoso y magnánimo para dar, y santamente pillo para conseguir.

Decir estas cosas en este recinto y ante los académicos es una dicha, porque aquí son convocados como maestros todos los que con divina inspiración levantaron su voz en la asamblea de los hombres, y sus discípulos nos allegamos a ellos para escuchar sus enseñanzas, para venerar su presencia. Las estatuas de Avalos y las figuras del fresco de Acuña dan fe de que lo que digo es verdad, y nuestra presencia lo advierte con los ojos. Quisieron nuestros predecesores en la Academia que aquí presidiera, en la hermosa creación del escultor español, la figura del Verbo Encarnado, Creador de

la palabra humana, el que dio un lenguaje a los hombres. Es una figura suave y estilizada, que nosotros hemos contemplado mil veces, con verdadero deleite y adoración. A su derecha se regodean los grandes escritores de la edad antigua, que de algún modo lo entrevieron y misteriosamente anunciaron su advenimiento: El Rey Poeta que profetizó y cantó en los salmos la realeza y las misericordias del Señor; que en espíritu de profecía anunció los sufrimientos del Salvador de los hombres, y en esos Salmos, convocó a la naturaleza toda para que alabara y ensalzara a la Sabiduría increada y encarnada, “al más hermoso de los hijos de los hombres”.

Y junto a David, Sófocles y Platón, Cicerón, Horacio Quinto Flaco y Virgilio, el cantor de la misteriosa Égloga IV; y encabezando el grupo festivo, Homero: los ingenios que bien merecieron de cierta manera haber entrevisto, mediante la llamada revelación natural, al divino autor del lenguaje y de la literatura, que ellos glorificaron.

Y a su izquierda, en sucesión estelar, los que llegaron después de que El Único Maestro vino a la tierra: Agustín, heredero en Roma de la cátedra de retórica de Hortensio; y Alighieri, quien después de su larga fatiga por círculos y cielos, entró al Empíreo, donde ni ojo vio ni oído oyó las cosas que Dios tiene preparadas para los que le aman; y gustó de lo que lengua mortal debe callar porque es incapaz de decir. Y junto a estos portentos,

Camoens, Molière, Goethe, y Dostoiewski, la palabra alada que busca la inmortalidad.

Es delante de ellos, delante de quienes yo encomio la tersura y sapiencia de la obra de este español universal cuyo centenario nos convoca. Y digo su loa gozosa junto a las figuras del fresco de Acuña, que recoge una síntesis de la literatura castellana, encarnada en esos personajes que hicieron vibrar el alma del Beato durante sus lecturas. Allí el *Quijote*, *Sancho* y *Amadís*, junto a *Mío Cid*; y el Castillo interior de *Teresa la Santa*, como la llamó nuestro Rubén Darío. Allí el Convidado de piedra, del gran Tirso, y el caviloso Segismundo de Polonia, y más allá el Alcalde de Zalamea: y allí la *Estrella de Sevilla*, del gran Lope; y la pecadora *Celestina* y la imprudente *Melibea*, de Alfonso de Rojas, junto a los próceres de la picaresca, don Pablillos, de Quevedo, y el Lazarillo de Tormes; y al lado de *don Juan*, el pecador, de Zorrilla. Y la marcha sosegada del penitente de la *Guía de Pecadores*.

A la derecha en el fresco, las figuras que caracterizan la literatura americana, de esa América del Sur que tanto amó Monseñor Escrivá, y a la que visitó en 1974 y 1975, después de que en 1970 visitara a la Virgen de Guadalupe en México. Y allí esas mujeres maravillosas, *Doña Bárbara*, y *María*, y *Blanca*, la amada de *Tabaré*, y *Cumandá*, la inocente virgen de la literatura ecuatoriana; y con ellas el gran *Caupolicán*, cantado por Ercilla y por Darío; y nuestro *Peralta*, y *Martín Fierro*, y *Efraim*,

y *Tabaré*, y *Gonzalo de Oyón*, y *Enriquillo*, el pícaro americano, y al fondo, tragado por la Selva, *Arturo Cova*. ¡Buen cortejo, para un buen festejo como éste!

El Beato tenía un corazón grande, universal, en el que cupo la creación entera, porque él amaba todas las cosas rectas del mundo, que quería llevar a Dios, porque, además, se dolía del mal en el mundo, y hacía notar que ese mal se concretaba en sólo una cosa, en el pecado, que se ha de evitar con todas las fuerzas, porque enseñó que todo lo demás es bueno.

Fue un espíritu libre, y era un apasionado de la libertad, de la propia y de la ajena. A ese amor a todas las cosas rectas del mundo, y a esa pasión por la libertad, dedicó muchas páginas de su obra escrita y sinnúmero de evocaciones en su predicación. Él fue, como le han dicho, y lo hemos recordado, un hombre enamorado de Dios; y amó con obras y de verdad, como lo mandaba el Apóstol Juan a sus discípulos, a Dios y al prójimo, fuese quien fuese.

El Beato fue por excelencia un pedagogo, y en esa condición le rendimos homenaje en este mismo recinto, en 1992, en reunión solemne y plenaria de la Academia Colombiana de Educación, esa ilustre institución fundada por Monseñor Rafael María Carrasquilla a comienzos del pasado siglo.

Fue profesor de Ética en la escuela de periodismo, en un centro universitario de Madrid, y en la facultad de derecho enseñó asimismo Derecho

Romano. Esto lo hizo de muy joven, y en ese entonces, y el resto de su vida, enseñó con su palabra y con su ejemplo, las más altas disciplinas del espíritu a toda clase de personas, hombres y mujeres, mediante su ejercicio sacerdotal que no conoció reposo. Gastó la vida, como lo han hecho los bienaventurados, en el oficio de amar, que lo llevó a unirse a Dios y a dialogar con los hombres, a perfeccionarse en el ejercicio de una santidad heroica, que lo llevará al número de los santos, según lo ha prefijado el Papa al anunciar su canonización para el próximo 6 de octubre.

Fue un apasionado de la libertad, porque la libertad es cosa de amor, la libertad bien entendida es disciplina para los que aman porque el amor exige la libertad. Y por eso quería, desde su primera juventud, *“escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de Rey”* (Apuntes, 218).

Pero como maestro, siempre, hasta el último día de su vida, estuvo en trance de dialogar enseñando y formando a sus hijos y a sus hijas, y a toda clase de personas, de edades y condiciones variadísimas, que lo buscaban, para oír sus enseñanzas, o a quienes él buscaba para hablarles de Dios.

Si la Academia Colombiana celebra complacida el centenario de tan insigne escritor

castellano, pondera más especialmente su designio universal de hombre que dignificó su oficio de maestro, y alcanzó que la Iglesia lo llevara a la cátedra de los bienaventurados, donde por siempre son ellos protectores y excelsos ejemplares para toda la humanidad.

Bogotá, 11 de marzo de 2002.

*Afán pedagógico de Josemaría Escrivá:
la urgencia de la formación*

Resumen

El Beato Josemaría Escrivá fue uno de los más señalados educadores y pedagogos del siglo veinte. Fundador de la Universidad de Navarra, en España, y promotor e inspirador de muchas otras universidades del mundo; su afán pedagógico lo llevó a promover un sinnúmero de instituciones educativas de todos los grados, y a poner en práctica un pensamiento educativo de hondas raíces humanas y sobrenaturales, abierto a la formación de toda clase de personas. Su experiencia en la educación y orientación de aquellos que más cerca de él estuvieron, y sus dotes excepcionales de gran escritor, lo llevaron a componer libros de formación del carácter y de las virtudes humanas y sobrenaturales, que pueden considerarse parte de la mejor literatura sapiencial de todos los tiempos. Tales son *Camino*, *Surco* y *Forja*, entre muchos otros.

Esas tres palabras –afán, urgencia y formación– sí que es cierto que van juntas, y que se hacen vida rica y constante en la gestión vital del Beato Josemaría, uno de los más grandes educadores y pedagogos del siglo veinte.

Los que tuvimos el don inmenso de Dios de conocerlo y estar junto a él un tiempo, siempre lo advertimos en ese trance: en el progreso infatigable de su propia y hacia su propia formación –en su caso, por eminencia, la perseguida formación era la santidad heroica, esa era la forma que buscaba siempre adquirir, la santidad, la semilla sembrada por Dios en su alma en el bautizo, que debía desarrollarse hasta el último día de su vida–, y dado era él, además, como maestro irrepitible, a la formación de los demás, de los cercanos y de los distantes, de sus hijos y de sus amigos, de quien lo oía y de quien lo leía, porque era amistoso y propicio a toda persona.

Como en las bodas del gran rey, él también sabía lanzar monedas morrocotudas, de oro purísimo, en la aventura maravillosa de comunicar el don de Dios a todo hombre a quien podía llegar, y fue su fuerza interior de tal manera, que pudo y puede ahora también llegar a incontables personas. En ese gesto del lanzamiento se plasman su afán y su urgencia. Y obras de su afán quedan como la Universidad de Navarra, en España; y varias universidades más en diversas partes del mundo, fruto de su inspiración y aliento. Lo mismo en otros grados de la educación, un sinnúmero de colegios y

de otras instituciones educativas, que surgieron al impulso de su pensamiento educativo, de hondas raíces humanas y sobrenaturales.

Para desarrollar un tema como el que me he propuesto, basta y abundaremos con seguir, aunque sea al azar, tantas de sus páginas y tantos de nuestros recuerdos, que es lo que voy a hacer.

Piensa el Beato en que interiormente ha de lograrse en cada hombre la forma de hijo de Dios, porque tal es la personalidad que a todos corresponde llegar a poseer. Con esa asombrosa sencillez que resplandece en su estilo elegante, dice cosas como ésta: “No todos pueden llegar a ser ricos, sabios, famosos... En cambio, todos –sí, “todos”– estamos llamados a ser santos” (*Surco*, 125). “Ser fiel a Dios exige lucha. Y lucha cuerpo a cuerpo, hombre a hombre –hombre viejo y hombre de Dios–, detalle a detalle, sin claudicar” (*Surco*, 126).

La necesidad y constancia en la lucha, será un lugar permanente de sus enseñanzas, hasta el último día: porque él no olvida que es ése y no otro el destino del hombre sobre la tierra, “luchar por Amor hasta el último instante”. Y esa lucha es por alcanzar la formación, la forma debida. La lucha ascética ha de ser alegre y deportiva, porque “El Señor necesita almas recias y audaces, que no pacten con la mediocridad y penetren con paso seguro en todos los ambientes” (*Surco*, 416). Y la consecuencia de esa búsqueda en la lucha, es lograr

el hombre “sereno y equilibrado de carácter, inflexible voluntad, fe profunda y piedad ardiente: características imprescindibles de un hijo de Dios” (*Surco*, 417). Y es que “de las mismas piedras puede el Señor sacar hijos de Abraham... Pero hemos de procurar que la piedra no sea deleznable”, porque “de un pedrejón sólido, aunque sea informe, puede labrarse más fácilmente un sillar estupendo” (*Surco*, 418). El optimismo será una actitud inherente a esas luchas. Y advierte que “el optimismo cristiano no es un optimismo dulzón, ni tampoco una confianza humana en que todo saldrá bien. (..) Es un optimismo que hunde sus raíces en la conciencia de la libertad y en la seguridad del poder de la gracia: un optimismo que lleva a exigirnos a nosotros mismos, a esforzarnos por corresponder en cada instante a las llamadas de Dios” (*Forja*, 659).

Además del resto de sus escritos –porque siempre su palabra iba dirigida a alguien y con la intención de mover–, tres libros dedicó especialmente a sus enseñanzas en torno a la necesidad de luchar siempre y de formarse siempre, de alcanzar cada día un logro en el *Camino* de la perfección, de amar siempre, de alegrarse siempre –*gaudete in Domino semper*–, de buscar ser humilde siempre, de alcanzar cada día el fruto que corresponde al día. Me refiero a *Camino*, *Surco* y *Forja*, tres breviarios de sabiduría, tres guías llenas de Espíritu Santo.

Su afán pedagógico no conoce descanso. Al abrir las páginas de *Surco*, pide a su lector amigo: “Déjame que tome tu alma y le haga contemplar virtudes de hombre”. Y al abrir las de *Camino* le muestra el horizonte que debe alcanzar: “Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil–. –Deja poso–. Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor” (*Camino*, 1). Y antes de empezarlo de lleno, le ha pedido al mismo lector, que lea despacio los consejos que le va a dar, que medite pausadamente esas consideraciones: “Son cosas que te digo al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre”. La finalidad será que el lector mejore su vida.

Este modo de proceder, y este afán, y esta urgencia son copia de la pedagogía divina, del afán divino, de la urgencia divina, que se manifiesta constantemente en la vida del único Maestro, narrada en los evangelios y reflejada en los afanes de sus primeros discípulos.

El Beato Josemaría, a semejanza de ellos, pone en movimiento todos los ricos recursos de su dominio y creatividad lingüística, de su imaginación de poeta, y del conocimiento profundo que tiene del idioma, al servicio de su necesidad pedagógica.

La parábola y la metáfora del más espléndido linaje intelectual, aparecerán de continuo en la forma de su enseñanza, la exposición inevitable de las parábolas del reino de los cielos, que considera desde la raíz de su corazón. Su lenguaje es el mismo

del Evangelio, engastado en un castellano reciamente castizo. Y sus enseñanzas siguen al pie de la letra la misma literatura sapiencial de todas las épocas. Es el misterio del don de lenguas, que lo llevó a escribir que “Con la gracia de Dios y buena formación, puedes hacerte entender en el ambiente de los rudos... –Ellos difícilmente te seguirán, si te falta “don de lenguas”: capacidad y esfuerzo para llegar a sus inteligencias” (*Surco*, 430). En el número 600 de *Forja*, habla de un tema semejante como es la formación que ha de darse a los enfermos y a los niños: “Para hacerse entender de las almas sencillas –dice–, hay que humillar la inteligencia; para comprender a los pobres enfermos, hay que humillar el corazón”. En el número 846 del mismo libro, parece apurar la urgencia y la universalidad de la formación, cuando escribe: “Recuerda con constancia que tú colaboras en la formación espiritual y humana de los que te rodean, y de todas las almas –hasta ahí llega la bendita comunión de los santos–, en cualquier momento: cuando trabajas y cuando descansas; cuando se te ve alegre o preocupado; cuando en tu tarea o en medio de la calle haces tu oración de hijo de Dios, y trasciende al exterior la paz de tu alma; cuando se nota que has sufrido –que has llorado–, y sonríes”.

Sabia y pura sencillez del consejo que dice: “Estima a quienes sepan decirte que no. Y, además, pídeles que te razonen su negativa, para aprender..., o para corregir” (*Surco*, 425). “No es suficiente que seas sabio, además de buen cristiano. –Si no

corrige las maneras bruscas de tu carácter, si haces incompatibles tu celo y tu ciencia con la buena educación, no entiendo que puedas ser santo. –Y, si eres sabio, aunque lo seas, deberías estar amarrado a un pesebre, como un mulo” (*Camino*, 350).

No basta tener toda la ciencia del mundo, y menos aún si esa sabiduría nos hincha por dentro y por fuera. En el punto 351 de *Camino*, ha escrito: “Con ese aire de suficiencia resultas un tipo molesto y antipático, te pones en ridículo y, lo que es peor, quitas eficacia a tu trabajo de apóstol. (..) No olvides que hasta las “medianías” pueden pecar por demasiado sabias”. Y agrega: “Tu misma inexperiencia te lleva a esa presunción, a esa vanidad, a eso que tú crees que te da aire de importancia. (..) –Corrígete, por favor. Necio y todo, puedes llegar a ocupar cargos de dirección (más de un caso se ha visto), y, si no te persuades de tu falta de dotes, te negarás a escuchar a quienes tengan don de consejo. (..) –Y causa miedo pensar el daño que hará tu desgobierno” (*Camino*, 352).

Se trata de orientar a los hombres en su formación frente a la vida de cada día, frente a la vida ordinaria, como la llamaba el Beato Josemaría; y se trata de proporcionarles medios para adquirir esa formación. Y él lo hace con afán y con urgencia. “El Amor de Cristo nos urge”, repetirá tantas veces con San Pablo. Y lo hace, en su cátedra universal, frente a todos los hombres, para provecho de todos, incluyendo a los no católicos, y aun a los no cristianos.

Y lo hace con amor. Es esa la raíz de su eficacia, el amor de Dios con que vibra de continuo, fruto de su entrega total a Dios. La pedagogía del amor: “Tú has de obedecer –o has de mandar– poniendo siempre mucho amor” (*Forja*, 629).

Y lo hace con tanta sencillez, como quien es ducho y práctico en el oficio de formar a otros, con el mismo celo con que se aplica a su propia lucha, que no conoce abandonos ni ausencias de ninguna clase y de ningún instante. Él nos ha enseñado que la formación dura –debe durar– toda la vida. Nos urge, nos ha urgido a ponerla en una lucha que trata de conseguir día a día sus plenos resultados. “Que la vida del hombre sobre la tierra es milicia, lo dijo Job hace muchos siglos (...) Todavía hay comodones que no se han enterado” (*Camino*, 306). Y esa duración “usque ad mortem” es consecuencia de la realidad de la propia entrega: “¿Por qué no pruebas a convertir en servicio de Dios tu vida entera: el trabajo y el descanso, el llanto y la sonrisa. (..) –Puedes..., ¡y debes!” (*Forja*, 678).

El capítulo primero de *Camino* –Carácter–, es todo él como un manual de formación, un manual para formadores: aunque su eficacia y el impacto de su hondura están asegurados también frente a la intimidad del lector, porque el lenguaje del Beato y su sentido de la oportunidad, son un prodigio de penetración. Formación, aquí, es como un sinónimo de santificación. Por eso dice: “Si tu carácter y los caracteres de quienes contigo conviven fueran dulzones y tiernos, no te santificarías” (*Camino*,

20). Es verdad que la santificación la opera la gracia de Dios, que nos viene por medio de los sacramentos y de la unión con Dios. Por eso requiere un carácter como el que pide en el número 22 de *Camino*, cuando escribe: “Sé recio. –Sé viril. –Sé hombre. –Y después...sé ángel”. Y en los siguientes números, especialmente cuando dice: “¿Será verdad –no creo, no creo– que en la tierra no hay hombres sino vientres?” (n.38). Y sella bien la observación: “Pida que nunca quiera detenerme en lo fácil” –Ya lo he pedido. Ahora falta que te empeñes en cumplir ese hermoso propósito” (n.39). En *Surco* escribe: “Después de conocer tantas vidas heroicas, vividas por Dios sin salirse de su sitio, he llegado a esta conclusión: para un católico, trabajar no es cumplir, ¡es amar!: excederse gustosamente, y siempre, en el deber y en el sacrificio” (527).

Y cuánto exige al formador. En el número 628 de *Forja*, escribe: “Torpeza insigne es que el Director se conforme con que un alma dé cuatro, cuando puede dar doce”.

El Beato Josemaría nos ha enseñado que la urgencia de la formación se extiende a sus muchas facetas. Cuánto insiste en la formación profesional: “Al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea” (*Camino*, 332); “El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros” (333), porque “Si has de servir a Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es una obligación grave” (336). E insiste en la formación humana, formación en las virtudes humanas y sociales, en los

valores: “¡Cultura, cultura!, Bueno: que nadie nos gane a ambicionarla y poseerla (..) –Pero la cultura es medio y no fin” (345). Y dice en *Surco*: “Tú también tienes una vocación profesional, que te “aguijonea”. –Pues, ese “aguijón” es el anzuelo para pescar hombres (..) Rectifica, por tanto, la intención, y no dejes de adquirir todo el prestigio profesional posible...”(491).

Y en la formación doctrinal religiosa: “...Sólo te preocupas de edificar tu cultura. Y es preciso edificar tu alma” (347)... “Fórmate en una piedad sólida y activa, destaca en el estudio, siente anhelos firmes de apostolado profesional. –Y yo te prometo, con ese vigor de tu formación religiosa y científica, prontas y dilatadas expansiones” (346). Y es que “Antes, como los conocimientos humanos –la ciencia–, eran muy limitados, parecía muy posible que un solo individuo sabio pudiera hacer la defensa y apología de nuestra Santa Fe (..) Hoy, con la extensión y la intensidad de la ciencia moderna, es preciso que los apologistas se dividan el trabajo para defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia. (..) –Tú no te puedes desentender de esa obligación” (338).

El Beato se urgió en la tarea de formar a quienes estaban con él, junto a él, compartiendo la misma vocación. Eran todos jóvenes, muy jóvenes, y los animaba con la promesa entrañada en el salmo, cuando dice: *super senes intellexi quia mandata tua quaesivi* (entendí más que los viejos porque seguí tus mandatos). A los primeros

sacerdotes del Opus Dei, cuando los preparaba para que accedieran al sacerdocio, les procuró para su formación doctrinal religiosa los mejores maestros teólogos que había en Madrid, considerando su responsabilidad delante de Dios. El Beato tenía la sabiduría de conocer cuándo debía ir despacio y cuándo debía andar de prisa.

Les enseñó que el sentido de responsabilidad es la señal del grado de madurez. “Para acabar las cosas hay que empezar a hacerlas (..) Parece una perogrullada, pero ¡te falta tantas veces esta sencilla decisión!...” (*Surco*, 492). “A fuerza de descuidar detalles, pueden hacerse compatibles trabajar sin descanso y vivir como un perfecto comodón” (494).

En *Surco* escribió: “Una ansiedad te llena: la prisa por forjarte pronto, por moldearte, por machacarte y pulirte, para llegar a ser la pieza armónica que cumpla eficazmente la labor prevista... que ese afán sea acicate a la hora del cansancio, del fracaso, de la oscuridad” (626). “...has de caminar a paso rápido, con la urgencia necesaria, ¡al paso de Dios! De otro modo corres el riesgo de quedarte en simple espectador” (629). Pero la virtud del orden no puede faltar so pretexto de las urgencias: “Te consta que la labor es urgente, y que un minuto concedido a la comodidad supone un tiempo sustraído a la gloria de Dios. –¿A qué esperas, pues, para aprovechar a conciencia todos los instantes? (..) Además, te aconsejo que consideres si esos minutos que te sobran, a lo largo de la jornada –¡bien sumados resultan horas!–, no

obedecen a tu desorden o a tu poltronería” (509). Su preocupación por el aprovechamiento del tiempo es grande. Él ha escrito: “¿Que es difícil no perder el tiempo? –Te lo concedo... Pero mira que el enemigo de Dios, los “otros”, no descansan... esta vida se nos escapa de las manos, y no cabe la posibilidad de recuperarla”. Y tiene para sí que perder el tiempo es tentación demoníaca: “Si pierdes las horas y los días, si matas el tiempo, abres las puertas de tu alma al demonio. Ese comportamiento equivale a sugerirle: “aquí tienes tu casa” (620).

Como hemos visto, considera el estudio una obligación grave para quienes han de servir a Dios y a los hombres con la inteligencia: “¿Para qué sirve un estudiante que no estudia?” se pregunta (618). “Te das cuenta de lo que supone que tú seas o no una persona con sólida preparación?... –¿Y, ahora, dejarás de estudiar o de trabajar con perfección?” (622).

El capítulo “Ambición” del libro *Surco* está lleno de ese afán, de esa urgencia por llevar a sus discípulos a la formación completa: “Cuando te anime de veras el espíritu cristiano, tus afanes se rectificarán. –Ya no sentirás ansias de conseguir renombre, sino de perpetuar tu ideal” (610); “En esta hora de Dios, la de tu paso por este mundo, decídete de verdad a realizar algo que merece la pena: el tiempo urge...” (613). El autor se habla a sí mismo tantas veces, con el recurso literario de dirigirse a otra persona: “Me hizo gracia tu

vehemencia –dice en el número 616 de *Surco*– ante la falta de medios materiales de trabajo y sin la ayuda de otros, comentabas: “yo no tengo más que dos brazos, pero a veces siento la impaciencia de ser un monstruo con cincuenta, para sembrar y recoger la cosecha...”. Y ante las ambiciones grandes que le manifiestan sus discípulos, la prudencia del maestro aflora: “–Me parecen bien tus ambiciones”, dice en el número 617 de *Surco*: “Pero, ahora, dedícate al pequeño deber, a la gran misión de cada día, a tu estudio, a tu trabajo, a tu apostolado y, sobre todo, a tu formación, que –por lo mucho que aún debes podar– no es tarea ni menos heroica, ni menos hermosa”.

Esa urgencia en ayudar a los demás a adquirir una buena formación, se daba en el Beato junto con una paciencia heroica, una comprensión profunda, y una confianza afectuosa en la condición de hijo de Dios que sabía advertir en cada persona. Su arte de corregir era una muestra de su exquisita “politesse”. Siempre que debía corregir, corregía. Lo hacía con gran sentido de la oportunidad, con suma claridad y cariño. Y enseñaba a los demás a corregir, a que se prestaran ese servicio máximo de la caridad que es la corrección fraterna, esa obra de caridad que se manifiesta en enseñar al que no sabe y en dar buen consejo al que lo necesita, en corregir al que yerra y en perdonar las injurias. El Beato sabía descubrir los talentos ocultos en las personas, ocultos incluso a ellas mismas. Y sabía orientarlas en su cultivo, y al que podía ser sabio no le perdonaba que no lo fuera. Y les recomendaba

humildad y prudencia. “Si eres sensato, humilde, habrás observado que nunca se acaba de aprender... Sucede lo mismo en la vida; aún los más doctos tienen algo que aprender, hasta el fin de su vida; si no, dejan de ser doctos” (*Surco*, 272).

Yo viví directamente la experiencia de recibir la atención pedagógica del Beato, su afán en la orientación y seguimiento de mi formación. Esa experiencia la vivieron miles de personas, desde la primera juventud del Beato, que ya mientras adelantaba estudios de secundaria alternaba con maestros y profesores. Pero yo en esta intervención he querido dejar constancia de cómo, aunque ya no está presente con su forma terrena, por el arte de su pluma de escritor egregio, cada día, y cada vez será más y más, se multiplican los beneficiarios de su afán pedagógico que urge al cuidado de la formación. Se entiende bien en su ejemplo, aquello que decía alguien respecto del don de escribir bien: que es el mayor de los dones naturales que se pueden recibir de Dios, como lo concedió el Espíritu Santo al Rey David, y lo concede con frecuencia a sus consentidos.

Ojalá yo haya cumplido bien mi propósito.

Águila liberada

Yo soy abogado, canonista, profesor universitario, poeta y académico de la lengua, de la historia y de la educación. Vivo en Bogotá, capital de Colombia. En 1952 –yo tenía 17 años– un amigo me contó una anécdota del fundador del Opus Dei, y la voy a reproducir.

Era en Valladolid, España. Unos estudiantes le llevaron a que viera, en el patio de un colegio, un águila cautiva, atada a una cadena y aferrada a un trozo de carne, en medio del barro que ensuciaba sus alas, en medio de la tierra removida por el agua que ella misma había derramado de la vasija que le acercaban. El Beato se conmovió ante aquel espectáculo, y sacó de inmediato consecuencias sobrenaturales de la triste situación del pobre animal que, habiendo nacido para conquistar las más altas y limpias alturas de cara al sol, se veía sumida en tan lamentable postración por el cautiverio. Y les hizo ver a aquellos muchachos que así el alma humana, hecha por Dios para estar junto a Él, en las profundidades de la contemplación cotidiana, tantas

veces, como aquella águila, no podía escapar de los lazos y cadenas con que la pretenden aherrojar las partes más oscuras de la flaqueza humana.

Debo decir, en lo que a mí me toca, que ese episodio, acompañado de las palabras del Beato: *Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil. –Deja poso. –Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor (...)*, me caló hondo, hondo, transformó mi vida: mi visión del mundo, del quehacer cotidiano que nos embarga. Me hizo empezar a buscar a Dios en la vida más ordinaria, de estudiante y luego de profesional. La enseñanza del Beato sobre la santificación del trabajo y de la vida diaria, me ayudó a contemplar a Dios en mi plan de cada día.

De ahí nació mi poema, *Águila liberada*:

*Pensador de estrellas,
yo vencí el espacio.
El universo cabe
en mi pupila,
cabe en el cuenco de mi mano.
El Universo es un hermano bueno
que marcha conmigo de la mano.
Pensador de estrellas.*

En 1958 pude pasar una larga temporada junto a él –de octubre de ese año a junio del 1960–, en Roma, mientras yo hacía el doctorado en derecho canónico. El Beato me enseñó, imperceptiblemente, a descubrir en la hondura de la belleza de las cosas, en la hondura de las cosas la belleza, la bondad y,

tras las cosas, a Dios. Fue a Dios a quien dije entonces:

*Será siempre mi canto
tu sombra hermana,
la presencia que dejas cuando pasas,
cuando vas por la tierra fecundando
las mínimas semillas escondidas,
soplando
las cosas nimias,
transformándolas.
Cuando acompañas
mis noches sin luna,
mis estancias sin lumbre:
¡Me guarde tu sombra!
¡Me circunde tu lámpara!*

En 1959, junto al Beato, escribí mis *Paisajes Claroscuros*, de los que debo traer algo a cuento: las estancias de la tarde que empiezan con el misterio de cuando la tarde se hizo piedra y el sol agua: «*Manantial de caminos la dulce tarde. / Tiempo de gran pasión para embarcarse. / Se llega al mar del sur por todas partes. / Pensando estrellas todos vamos de viaje*». Y los instantes de meditación, cuando dije: «*Mi corazón te busca / y yo te busco. / Y somos el mismo canto / los tres / bajo la tarde*».

Cuando hice mis primeras publicaciones, yo no era consciente de cómo y hasta qué punto carne y alma, muerte y vida –¡las muertes constantes y la vida que de ellas fluye!– se habían hecho el mismo canto. Era lo que el Beato me había enseñado a

vivir: la unidad de vida. En palabras suyas: *a hacer endecasílabos de la prosa de cada día.*

Lo que se suele llamar la vena poética –tal vez recordando la vena de oro de la mina de oro–, ésa se estimulaba inadvertidamente durante las conversaciones amabilísimas con el Beato: su palabra y su estilo, palabra clara, estilo con la sencillez de la elegancia, o con la elegancia de la sencillez, palabra directa, sencilla y elegante. El Beato es sin duda uno de los más castizos escritores de la lengua castellana en el siglo veinte. Su tratamiento de la palabra y del período logran el prodigio de su prosa encendida, hondamente poética, sobriamente elegante. Soy consciente de haber utilizado tres veces este adjetivo emanado de la elegancia, y lo he hecho así porque es nota distintiva. No contrastan sino que se unen en su palabra elegancia y sencillez. Es dueño de la palabra y por ende de la comunicación.

Comunicación es concepto clave en el mensaje que recibí del Beato. De él, de su enseñanza, aprendí por ejemplo que la poesía opera el misterio de comunicar lo incommunicable, misterio que se realiza en la realidad de la amistad. Y otra cosa inseparable era el rigor del deber de estudiar y de trabajar en las bellas letras, en el oficio de académico de la lengua. Vuelvo al tratamiento de la palabra: aprendí de él que el lenguaje debe ser casto y castizo, ardorosamente amable y donoso sin medida, como cuando él escribió: *Cuando te vea por primera vez, Dios mío, / ¿qué te podré decir?*

Callado esconderé / mi frente en tu regazo... y lloraré, / como cuando era niño. / Tus ojos mirarán todas mis llagas... / Te contaré después toda mi vida... / ¡Aunque Tú ya la conoces! / Y Tú, para dormirme lentamente, / me contarás un cuento que comienza: / érase una vez un hombrecillo de la tierra... / y un Dios que le quería con locura...

Algo que aprendí para siempre fue a hablar con Dios y de los demás, para Dios y para los demás: todo entrañado en el mismo verso. A hacer de la poesía algo cotidiano, el diálogo divino donde el poeta desaparece en el amor de los seres y de las cosas. El Beato nos enseñó a amar el mundo apasionadamente. Y en el amor del mundo, el amor de mi trabajo. Siempre he profesado que el poeta ha sido llamado por Dios a hacer la poesía, que debe entregar a los hombres en la entera pureza de su creación. Si en lo que yo he llamado mi territorio interior no habitan Dios y sus hijos, el poema no germina: si no habita el mundo, con mis compañeros de Academia, con mis discípulos de la facultad de Derecho. Mi poesía se llenó de gente: de mis compañeros de todas las horas, de mujeres y de hombres que dejaron su huella en mi caminar y me aportaron su quehacer. Se llenó mi poesía de esas presencias entrañables, como se había llenado mi trabajo de las mismas presencias, porque ha sido hecho de cara a Dios y de cara a los hombres.



DAVID MEJÍA VELILLA, poeta colombiano, nació en 1935. Abogado, Poeta, Doctor en Derecho Canónico, Profesor Universitario, miembro de número de la *Academia Colombiana de la Lengua* y miembro correspondiente hispanoamericano de la *Real Academia Española*. Entre los años 1958 y 1960 reside en Roma junto a San Josemaría Escrivá, mientras realiza estudios de doctorado. Fue 15 años presidente del *Pen Club* de Colombia. Cultivó el periodismo literario y dirigió la Revista *Arco* de Venezuela, de Ecuador y de Colombia. De sus poemarios cabe destacar: *Paisajes claroscurios* (1964), *Regreso a la montaña* (1965), *Los silencios* (1966), *Nocturno de las criaturas* (1967), *Íconos*, *Los días de la memoria* (1968), *Historia del poeta*, *Hábito de la ternura* (1970), *Estación de Dios* (1973), *Pequeño Eliot* (1980), *Canto llanto* (1981), *Los días y las noches* (1983), *Memoria de Dios* (1983), *Tiempo de vivir* (1991) y *Vitrales* (1997). Muestras de su poesía han sido traducidas al inglés, francés y alemán. Murió en Santafé de Bogotá el 15 de septiembre de 2002.

Se reúnen aquí tres conferencias pronunciadas por David Mejía Velilla con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá. La primera titulada *Un clásico de los nuevos tiempos* que fue impartida en la Academia Colombiana de la Lengua el 11 de marzo de 2002. La segunda, *Afán pedagógico de Josemaría Escrivá: la urgencia de la formación*, pronunciada en el Congreso Hispanoamericano: Hacia una educación más humana en torno al pensamiento de Josemaría Escrivá, realizado en San José, Costa Rica, en septiembre del año 2001. Y la tercera, con su poema, *Águila liberada*, fue presentada en el marco de la Creatividad Artística, Trabajos preliminares del Panel durante el Congreso Internacional: La Grandeza de la vida ordinaria, realizado en Roma en el mes de enero del año 2002.

DAVID MEJÍA VELILLA. Doctor en Derecho.
Miembro de la Real Academia de la Lengua Española.
Miembro fundador de la Unión de Escritores de América.
Historiador y poeta.

